

En la puerta de la calle la directora les gritaba:

«—Qué os portéis bien, niñas, ¡y cuidado, mucho cuidado con los mozalbetes!...»

Fueron tantas las descripciones, — cada una distinta, — que las niñas hicieron á la buena señora de la manera tan bella, tan adorable como habian adornado al Santo, rodeándole de flores y de luces, que ella, — á pesar de que no pensaba ir á la iglesia, — resolvió hacerlo para recrearse, placentera, en la contemplación de la obra de sus queridas discípulas.

Y ¡ah! ¡pobre señora! creyó que soñaba, que no estaba en su razón, cuando, al aproximarse al altar del Santo predilecto, le encontró solo, olvidado en la sombra, sin una sola flor y cubierto de polvo...

Y su dolor fué aún más intenso, no tuvo ya límites, á la salida del templo, en cuya puerta, — colocados en dos alas, — aquellos truhanes, que la hacían rabiarse eternamente con sus atrevimientos, la saludaron cortésmente, con atenciones exageradas, y orgullosos de mostrar en la botonera de sus vestones de estudiantes el primer ramillete de flores ganado en las lides del amor.

José M. BARRETO.

El Canto de la Tórtola

Yo cruzo peregrina la selva hospitalaria, buscando en su recinto las huellas de mi amor: mi canto es el remedo de funebre plegaria... Soy harpa de la noche que vibra de dolor.

Mi pluma, que carece de primorosas galas, revelación patente de mi destino es: es pardo el cuello mio, y obscuras son mis alas lo mismo que las hojas marchitas del ciprés.

En un ciprés marchito de la montaña verde suspenso está mi nido, mansión de dulce paz, y en su regazo estrecho mi cántiga se pierde, como mi angustia acerba, como mi bien fugaz.

Fugaz, lejos, muy lejos, huyó mi bien perdido, mis gratas ilusiones huyeron de él en pos, rodearon mi existencia las sombras del olvido, tomaron mis arrullos el aire de un adiós.

Yo soy un haz de plumas henchida de retama, mi vida es un misterio, un símbolo mi ser, yo soy una avecilla que tórtola se llama..., amar es mi martirio, mi sino es padecer.

Por eso al ver las aves, al despuntar el alba, del seno de los bosques salir de dos en dos, mi soledad contemplo, y al escuchar su salva, mientras que cantan ellas, murmuro triste ¡adiós!

MANUEL PADILLA DÁVILA.

LA MAESTRA

Lo que son las casualidades! Cierta día de estos terribles, en que marchaba con un buen amigo en dirección á la Universidad, con el ánimo turbado por la duda impia que siempre nos hace titubear cuando hemos de rendir un exámen, se cruzó con nosotros una de esas bellezas montevidéanas, capaces de hacer olvidar, — no ya las diversas partes de un curso científico, sino hasta la cariñosa madre que nos meció la cuna.

—¿Quién es? —nos preguntamos á un tiempo mismo, mi amigo y yo.

Naturalmente, ninguno lo sabía. Seguimos apurados nuestro camino, pensando y comentando los atractivos dones de nuestra desconocida, sin dejar de mirar una vez que otra en la dirección que ella se alejaba con paso precipitado y ágil.

Dimos nuestro exámen. Salimos bien, como se dice generalmente, cualquiera que sea la nota obtenida.

Después nos fuimos á sentar en un banco de la plaza Constitución, con el objeto de refrescar nuestra imaginación, para emprender el estudio de una nueva asignatura.

Apenas nos instalamos y ya vimos aparecer con mayores atractivos otra vez á la hermosa rubia.

Siempre sola, pero entónces con paso perezoso y gentil.

Tuvimos tiempo de escudriñar bien el tipo. Su fisonomía era simpática en alto grado. Azules sus ojos de mirar dulce, gracioso y bien formado su talle estrecho.

Sonrosado el color de sus frescas mejillas.

Sonoro y dulce el eco de su voz. (En ese momento llamaba á un ramillete para comprarle flores)

¡Que divina estaba con su traje menos celeste que sus sueños!

Bien podemos, á la verdad, decir con la distinguida señorita Maria H. Sabbia y Oribe que «cielo y mar es la vida».

No yo, mi amigo tomó gran empeño en ello, y averiguó qué se llamaba Amelia, que es maestra y que vive en la calle Durazno, siendo un modelo de educacionista y una notable inteligencia.

VICE GAMA

Montevideo, Diciembre 1 de 1897.

Las puertas de la civilización

Siete puertas tenía la famosa Tebas; pero la Civilización, llena de brillantes grandezas, tiene muchas más: tiene tantas como esplendores hay dentro.

Yo era joven y habia nacido en el campo, en el regazo de la naturaleza, al pié de una montaña, cerca de un bosque, á orillas del mar y junto á una fuente. Aire puro, agua pura, cielo puro y horizonte despejado... allí también mi corazón latía en toda su pureza.

Los impulsos de la edad me apartaron de aquellos parajes, y cuando las pasiones agitaban ya mi pecho, y mi sangre tenía todo su vigor, me llevaron, por penosos caminos, tras una visión de felicidad forjada por el deseo, hasta las puertas mismas de la Civilización.

Siete puertas tuvo la famosa Tebas; pero la Civilización, llena de brillantes grandezas, tenía muchas más: tantas como esplendores habia dentro.

Lleno de entusiasmo llamé á la primera, y el guardián la abrió violentamente para enseñarme esta sentencia: «Quédan atrás las ternezas sentimentales: por aquí no entra el amor.» En vano le dije que eso no era posible; que el amor era el sentimiento más grande, más fuerte, más universal y más humano que existía, y que el hombre no podía despojarse de él; pero el guardián se mostró inflexible y no me dejó pasar. Me contestó que yo estaba en la edad de los idilios y que los idilios estorbaban á la Civilización. Que el amor á la Naturaleza era demasiado grande para que se encerrase entre aquellos muros; que el amor á la familia apretaba con lazos tan fuertes que quitaba libertad al trabajo, y que el idilio de los enamorados se armonizaba bien con el susurro de las fábricas; que los pobres no tenían cariño sino para el trabajo y los ricos solo para los placeres; que, en fin, esos eran sentimientos inútiles que no producían renta ni aumentaba el capital ni cabían entre tantas grandezas. Así, pues, que se quedaran atrás, las ternezas sentimentales, porque, por allí, no entraba el Amor.

Pasé á la segunda puerta y llamé repetidas veces, hasta que me abrieron. El guardián me detuvo en el dintel mostrándome esta orden que me aterró: «Quédan atrás los escrúpulos vamos; por aquí no entra la conciencia.» En vano le dije que eso no era posible; que sin la conciencia el hombre descendía de juez á reo; que el ser humano se convertiría en un autómeta; que los actos de la humanidad se reducirían á dos solos; mandar y obedecer, sin que en ellos intervinieran la equidad ni la justicia, y que la humanidad llegaría así á ser una máquina alimentada por la necesidad, impulsada por el egoísmo y desprovista del sentimiento generoso con que la dotó Dios. Pero el guardián se mostró inflexible; me dijo que los escrúpulos eran un peso que se echaba sobre las cosas, que eran una barrera que se ponía delante del hombre, que eran un obstáculo para la vida de ganancias, y que donde habia rieles para facilitar la marcha, vapor para andar más pronto y electricidad para volar con el pensamiento, era necesario suprimir los obstáculos del camino; y que así, se quedasen afuera los escrúpulos vanos, porque por allí no entraba la conciencia.

Cuando llegué á la tercera puerta, esta se abrió de par en par y el guardián me invitó que entrara, con la mayor solicitud; pero un letrado que vi allí, grabado, me hizo alejarme precipitadamente; porque el letrado decía sin ambages: «Esta es la puerta del vicio; puede pasar libremente el género humano».

FRANCISCO COBOS.

Buenos Aires, 1897.



- ¿A qué vienes?
—A engañarte.
- ¿Qué me traes?
—Ilusiones.
- ¿Eres sencillo?
—Con arte.
- ¿Odias algo?
—Las razones.
- ¿Qué quieres?
—Aprisionarte.
- ¿Tu lema?
—Causar desvelos.
- ¿Qué me quieres?
—Verte herido.
- ¿Por qué hieres?
—Es mi anhelo.
- ¿De dónde vienes?
—Del cielo.
- ¿A dónde vas?
—Al olvido.
- Solo el matar me divierte;
me llama el vulgo traidor
porque el herir es mi suerte...
- ¿Cuál es tu final?
—La muerte.
- ¿Cuál es tu nombre?
—El amor.

R. M. SANS.

RIP-RIP

EL APARECIDO

(Conclusión)

—¿Vuelves pronto, hijito?

Rip-Rip sintió que todo era rojo en torno suyo. ¡Miserable...! ¡Miserable...! Temblando como un ébrio ó como un viejo entró á la casa. Quería matar; pero estaba tan débil, que al llegar á la sala en que hablaban ellos, cayó al suelo. No podía levantarse, no podía hablar; pero si podía tener los ojos abiertos, muy abiertos, para ver cómo palidecían de espanto la esposa adúltera y el amigo traidor.